

Emilia Pardo Umaña

La dama de hierro de los periódicos

AMPARO RESTREPO

Emilia Pardo Umaña no sólo fue una reportera atrevida y brillante: fue tal vez la primera mujer en el periodismo colombiano de este siglo que no se escondió tras un seudónimo y que no le temió a las consecuencias de su lenguaje desabrochado, apasionado, novedoso. Su actitud como mujer y como cronista sorprendió a algunos para bien y a otros para mal, en una sociedad y en un mundo, como el del periodismo de los años cuarenta y cincuenta, dominado por los valores masculinos.

Así como hay personas que son conservadoras sin darse cuenta de que lo son, así también existen aquellas que son revolucionarias sin que se hayan propuesto serlo. A este segundo grupo perteneció Emilia Pardo Umaña, reportera, columnista y consejera sentimental, que por su trabajo en los diarios El Espectador, El Siglo, El Tiempo, el semanario Sábado y la revista Sucesos se convirtió en “la primera colombiana que salió a la calle para ejercer el periodismo”¹, esto es, sin estar constreñida a las secciones femeninas como le ocurrió a sus antecesoras.

Ya desde muy niña se le percibía su espíritu inquieto e irreverente, por algo una de sus tías terminaba todas sus oraciones diciendo: “¡Señor, yo te agradezco porque mis hijos no son como los de María Umaña!”². Pues al igual que sus hermanos Camilo y Santiago, el periodismo le sorbió el seso, y por él dejó las clases de piano —educación propia de las muchachas bien de la época— y renunció a su puesto de enfermera en el hospital San José.

EL GUSANILLO DE LOS PARDOS UMAÑA

Esta bogotana nacida en 1907, “pertenecía a una familia conservadora, de rancio abolengo santafereño, pero pobre y austera

como siempre fue aquella aristocracia de grandes genealogías pero de exiguos balances financieros. Su madre, doña María Umaña Santamaría de Pardo Carrizosa, a quien familiares y amigos llamaban cariñosamente La Motosa era una venerable matrona, a cuya casa, centro de la vida social e intelectual de la ciudad, iban todas las tardes a tomar chocolate ilustres figuras de aquellos tiempos. En ese ambiente impregnado de tradición y cultura crecieron los Pardo Umaña, tres de los cuales encaminaron su vocación literaria por el periodismo, el único campo donde los escritores podían ganarse la vida. Camilo, el mayor, se destacó como un ameno cronista de la ciudad y, además, como revistero taurino con el seudónimo de K-milo. Emilia siguió sus pasos, a pesar de la oposición de doña María, quien no veía a una muchacha en esos trotes, ni mucho menos ejerciendo de oveja negra de la familia, que era otro de los papeles reservados hasta entonces exclusivamente para los hombres. El tercer periodista fue Santiago, el más joven, cuya vida profesional transcurrió y culminó en la Emisora HJCK, esa formidable empresa intelectual fundada por Alvaro Castaño Castillo. Cada uno de estos tres periodistas tuvieron una

trayectoria diferente y estilos muy personales, pero todos hicieron gala, en su vida y en sus escritos, de un peculiar y similar sentido del humor, el cual terminó identificándose como el típico humor bogotano ³.

Y aunque se ha dicho que el sentido del humor de Emilia estaba influenciado por clásicos españoles e ingleses, podría aseverarse más bien, que su humor ingenioso y picante lo empezó a asimilar en su propia casa, en el aprendizaje de ese código que compartía con su madre. Pues en su escrito titulado "María Umaña de Pardo" o "Reportaje a la mamá" retomado por Daniel Samper, ella deja ver la admiración, el afecto y la influencia de su progenitora en la formación de su temperamento.

En el reportaje citado, Emilia relata con detalle la entrevista con su madre, inclusive desde antes de hacerla:

"El señor director dice sonriente: Oiga muchachita, hágame un reportaje de una mujer que a usted le parezca interesante; piense un poco; ¿no se le ocurre ninguna?"

La cronista sonríe también —el gesto cordial se contagia siempre— y deja de preocuparse por algo que la distrae; cita de corrido el nombre de una docena de damas que son, por lo menos, muy interesantes; el señor director rechaza, sonriendo siempre, aquella ancheta:

—No, no es eso; quisiera una persona que a usted personalmente le parezca interesante; no le otorgue nada al público. Haga como Juan Sebastián Bach con su música y tráigame un reportaje...

—No puedo; no es fácil. Hay el serio impedimento de consanguinidad, como dice la ley.

—¿Quién es?"

—¡Mamá! Pariente próximo y, como decía el "negro" Moore,

"por el lado de la madre que es más seguro" ⁴.

Y más adelante podemos apreciar la buena relación existente entre las dos, pues Emilia comienza así:

"Llueve y hablamos, conversamos mejor dicho. ¿Cuánto hace que no conversamos así, divagando un poco sobre asuntos que las dos sabemos bien? ¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde aquél, que yo recuerdo mejor que ella, en el que nos unía una sutil amistad suave y poderosa, amistad que a través de la gran mesa del comedor nos hacía sonreír la una a la otra de todo y de nada? Parecía que entre nosotras hubiera una alianza tácita y secreta más firme que todos los tratados..."

"Ahora el mundo es demasiado complejo; tenemos cosas que son nuestras, sabemos íntimos secretos propios que los demás ignoran y que, si los supieran, no los comprenderían. Tenemos una personalidad, más o menos definida pero nuestra, ruda, que se nos impone. Ya no extendemos la manita para coger la de la mamá a fin de cruzar una calle, y pensamos que habría sido suave todo —itodo, hasta lo peor!— si todavía esa manita nos ayudara como antaño, a cruzar la vida..." ⁵

Y así, Emilia se deleita haciendo el retrato psicológico de su madre, quizá porque era como mirarse en un espejo y reconocerse. Así describe a doña María:

"Defiende —y ha defendido siempre— su simpatía, su buen humor, su cordialidad, buscando el lado bueno de las cosas y hallándolo, porque su parcialidad que es absoluta le hace ver como mejor, lo que es mejor únicamente desde su punto de vista. Cuando la división conservadora en tiempos de

Abadía, llevó a los liberales a la presidencia, discutía con mi tío Guillermo Camacho Carrizosa y él dijo: "No pasará nada María. El poder es para poder, entérate", y la señora mamá, desdeñando al político muy hábil que tenía enfrente, le contestó:

—Mire tío, lo que es esta vez el poder no va a poder".

Si esta mujer no es un genio, algo raro pasa bajo el sol" ⁶

En la conversación siguiente es donde se puede percibir con mayor claridad el buen humor y el ingenio manejado por las dos. Pues para que el humor surta sus efectos es necesario que los hablantes compartan un mismo código, y esto lo ilustra Emilia con este texto:

—¿Cuál es tu hijo preferido?"

—¿Yo? Ninguno; eso sí lo prometo, ninguno.

—¡No digas mentiras mamá!

—Me lo imaginé que no me lo iba a creer; pues yo a todos los quiero igualito.

—¡Pero mamá no digas mentiras!

—Lo que pasa es que hay hijos que me prefieren a mí y yo se los agradezco. El que más es Manuel; nunca me ha dado disgusto, nunca me hizo decir: "Caray con este chivato!" siempre me ha servido...

—¿Y después de Manuel cuál es "el hijo que te prefiere?"

—No me diga las cosas en tono irónico: pues... José Luis porque es inteligentísimo, y tan bueno y juicioso...

—¿Y después?"

La señora mamá medita y tras mucho pensar, como quien otorga difícilmente un *accesit* dice:

—Pues Cecilia,...tal vez Cecilia tampoco me ha dado disgustos...

—¿Y después?"

—Después? ¡Que entre el diablo y escoja! ⁷

Es este el sentido del humor que Emilia supo seguir

destilando en casi todas sus columnas, y sobre todo, en sus consejos sentimentales de doctora Ki-Ki.

LA TEMIBLE EMILIA

Emilia Pardo Umaña, o Emilia como simplemente se firmaba, fue tal vez la primera mujer que no se escondió tras un seudónimo y que no le temió a las consecuencias de su lenguaje desabrochado, apasionado, mamagallista y novedoso; que sorprendió a algunos para bien y a otros para mal, en una sociedad acostumbrada a ver el mundo solamente bajo la mirada del varón. Pues aunque algunas mujeres tímidamente se asomaban a las páginas de los periódicos, debían seguir hablando de los temas asignados a su género, es decir, de cocina, costura, buenas costumbres.

Así lo afirmaba Doña Sofía Ospina de Navarro: “A los hombres les resulta muy fácil llenar una columna diaria, pues, aun los no científicos o intelectuales distinguidos, encuentran material: en un párrafo hablan de los cambios de la Iglesia y las encíclicas papales... en otro insultan a cualquier político que no sea harina de su propio costal... en el de más allá acomodan algo de sociedad o de arte, con sus ribetes de sexualidad... y todavía les queda derecho a criticar premios literarios, a intervenir a control remoto en los actos del gobierno y hasta alinear sus escritos con palabras de doble faz. No ocurre lo mismo a quienes portamos el comprometedor diploma de damas pudorosas (...) Tenemos que salir del paso con apuntes costumbristas, o dar consejitos caseros, que no acreditan

intelectualmente, pero tampoco proporcionan molestias a nadie”⁸.

Y aunque los escritos de Emilia siempre estuvieron matizados por el humor, no por eso dejaron de ser mordaces y desafiantes. No podría decirse exactamente que hacía parte de ese grupo de mujeres con “diploma de damas pudorosas”. Pues según su amigo José Font Castro, “Ella sin proponérselo desafió el ancestral machismo y escandalizó a la pacata sociedad de aquel Bogotá de los cuarenta, asumiendo actitudes y tomando por asalto posiciones que hasta entonces eran privativas de los hombres...”

“No sólo fue una excelente reportera, sino también una beligerante columnista política. Presumía de ser la primera mujer en conducir un automóvil en las calles empedradas de la vieja ciudad. Y de su peculiar biografía se destaca igualmente el haber conspirado contra un gobierno, circunstancia que la mandó al exilio y que más tarde la convirtió en la segunda mujer —después de Policarpa Salavarrieta— en enfrentarse a un Consejo Verbal de Guerra.

“Al abandonar su casa y mandar al diablo los oficios domésticos (a los cuales estaban confinadas por los siglos de los siglos todas sus congéneres), Emilia se sumergió a fondo en la bohemia periodística de la época, siendo la única mujer que participaba en las habituales tertulias políticas y poéticas del Café Windsor, mientras entre sorbo y sorbo de cerveza, se fumaba en una larga pitillera de plata dos paquetes de Pielroja.

“Allí se codeaba a diario con sus colegas, Felipe y Alberto Lleras, Jorge Zalamea, José Mar, Alejandro Vallejo y con toda esa brillante generación intelectual, a la que ella pertenecía por edad y

por activismo, y que luego se conoció como Los Nuevos, llamada a relevar —así lo proclamaban sus voceros— a los incombustibles señores del Centenario”.⁹

En 1934 empezó a salir en la página social del periódico El Espectador su columna diaria, donde a veces hacía crónicas de viaje, crítica deportiva y de cine, y donde también arremetía contra la administración municipal. En uno de sus relatos de viaje, donde ilustra un recorrido entre Barranquilla y Cartagena en un crucero inglés, Emilia aprovecha para despotricar de ese pueblo europeo y a la vez exaltar la hospitalidad nacional.

“...El Santa Helena, vapor elegido de la *Grace Line*, me dejó en principio estupefacta, hasta el punto que me pareció prudente adoptar el tímido aire de una provinciana tonta, para poderlo admirar a mi sabor con la boca abierta. Qué comedor con grandes columnas imitando mármol, centenares de camareras vestidas como duquesas, todas rubias, ojiazules e idénticas, orquesta en palco alto ejecutando un repertorio de “blues” y “fox” de lo más malo que pueda imaginarse. ¡Qué bar, con su gran hall de baile! Qué salón iluminado, con piano de cola y cuadros preciosos, qué biblioteca discreta, qué camarotes lujosos, qué baños, qué “grooms” de frac blanco!... Un gran navío de mar verdaderamente da una idea de confort, de refinamiento y agrado, imposible de imaginar sin verlo.

“Al despertar del día siguiente es cuando vienen las desilusiones; el mar furioso no se había dejado impresionar por la presentación del Santa Helena (después de todo, alguna diferencia debía de haber entre el océano con sus furores y una cronista social con sus caprichos...)”

“Cien, quinientas, mil veces, he oído decir a los colombianos que llegan del exterior tras una larga temporada:

—Ay, no! Si les digo que la llegada a Colombia es vergonzosa, se baja uno del buque para ver un pueblo miserable; negros que lo asaltan a uno, gritos, mugre, esto es horrible. Es que no se atreve uno a decirles a los extranjeros que esta es nuestra tierra... Estas o semejantes frases las he oído yo y las han oído todos...

“En cambio, y esto si no lo mira nadie, es sorprendente la superioridad de cultura de nuestro pueblo. ¿Superiormente cultos nosotros? Ya sé que muchos considerarán que es una necesidad decirlo, pero es así... Los criados del vaporcito fluvial Pedro A. López, en el Magdalena, son unos señores. Visten sencillas camisas muy aseadas, blancos pantalones, zapatos amarillos. Pero son gentiles, amables en todo momento... Los criados de la *Grace Line* son otra cosa: rubios, peluqueados, con correctos fracs, y negros zapatos brillantes hasta en la suela, surgen de todos los rincones. Pero el viajero que no es extranjero y muy probablemente también el que lo es, se encuentra ante un grupo hostil, que en todo momento parece querer dar lecciones de superioridad... Desde el momento en que se vio a lo lejos la bahía de Cartagena, por lo menos hora y media antes de desembarcar, los criados filipinos, con gestos de dueños, se entraron a los camarotes, sacando las maletas, sin dar tiempo ni a cerrarlas, y echando fuera también a los pasajeros, quitándoles la llave del cuarto, sin pretexto ni excusa para hacerlo...

“¿Pueblos superiores?... Sí. Si es superioridad empujar a una señora para pasar primero una

puerta, como si es inferioridad la nuestra de preguntar antes de tomar una silla, si está ocupada. Sucede simplemente que hemos alterado los valores. Pensamos que somos unos infelices porque el colombiano tiene el gesto atento, que da una amplia visión del mundo, la costumbre de leer obras de otras partes y de admirar lejanas personalidades.

“Estos hombres y estas mujeres, viajan encerrados dentro de la visión dictatorial de sí mismos. ¿Sus pueblos, sus buques y sus ejércitos son formidables? Ciertamente; pero al llegar a Cartagena sentí un descanso al estrechar la mano del jefe del puerto, que salió a recibir el buque. No lo conocía, todavía no sé cómo se llame, pero era un hombre galante, culto y sonriente, con su mano morena que se estrecha con el placer que nos parecía ya imposible de hallar a un caballero, y a un caballero colombiano”¹⁰.

Pero si aquí Emilia critica esa admiración desmedida por los extranjeros muy propia de nuestro país, así también en otra columna reconoce lo mal que está Colombia a nivel deportivo; aunque su mayor ataque va dirigido a los locutores radiales.

“Por la suma de veinticinco mil pesos moneda corriente, Colombia ha conquistado en las competencias de Panamá un récord que difícilmente podrá arrebatársele: el del ridículo. Pero, eso sí, es completo, absoluto e indiscutible aun para los más apasionados.

“Cierto es, y muy de agradecer, que los señores locutores de radio cada día dan un sartal de flores por vía de consuelo, unido a la afirmación unánime de que cada uno de nuestros atletas, si no ha podido lograr si quiera un tercer puesto, en cambio ha conquistado una brillante victoria moral. Y en

tanto que nos hallamos físicamente inundados de victorias morales, el hecho escueto...es que aún no nos hemos clasificado en nada.

“Ahora, se ha hablado mucho de los uniformes, los cuales, según parece fueron excepcionalmente bonitos y elegantes. Una equivocación la tiene cualquiera, y no puede reprocharse, el que los jugadores encargados de llevar los colores de Colombia, sin duda por influencia del cine, hubieran confundido lamentablemente los eventos deportivos con los desfiles de modas.

“Con todo, para asistir a competencias deportivas hay que ser deportistas; no se trata de correr detrás de otro señor. Eso lo hace cualquiera cuando necesita tomar un taxi en un día de lluvia. Hay que tener alguna *chance* más o menos cierta de ganar, y para saber si podía enviarse representantes en un caso como este, bastaba con leer muy por encima las informaciones de prensa. Aquí, cuando para la prueba de los cien metros llanos, por ejemplo, hay establecido un récord de 1.4, enviamos el corredor más rápido que conseguimos, y que hace el recorrido en 1.10. ¿Que ese era el que aquí corría más aprisa? No importa, no sirve. A ese paso vamos a terminar por enviar a un cojo, porque se mueve muy aprisa cuando va en automóvil...

“Todavía se alegan las victorias morales: aun se dice que nuestros representantes de natación llegaron de últimos, pero, eso sí, “con muy buen estilo”. ¿Que por una fatalidad se desmayan nuestros jugadores?, ¿les dan calambres, o les duelen los pies? Nada de eso es fatalidad: se desmayan porque el jugador que va a tomar parte en la prueba de los cuatrocientos

metros, por ejemplo, se entrena para cien. Naturalmente, al llegar a ciento treinta se ha desmayado, aunque los primeros cien los haya corrido prodigiosamente. Todos los deportistas del mundo se entrenan para diez mil metros cuando van a correr cinco mil, y así sucesivamente..."¹¹

Menos mal que a Emilia no le tocó presenciar la selección colombiana de fútbol en Estados Unidos en el 94, porque igual no clasificamos pero "jugamos muy bonito". Y así, esta mujer como utilizaba el sarcasmo para burlarse de la "sabiduría" de sus colegas, así también mediante el humor negro denunciaba los atropellos de la administración municipal con respecto a los cementerios. En su columna "Defensa de los silenciosos" hace toda una disquisición filosófica acerca de la importancia de los muertos que comienza con una defensa de la palabra.

"¡Ay! Quién tuviera la pluma de Erasmo Roterodamo (sic) para hacer el elogio de la palabra! De esa palabra que fácilmente fluye de los labios, sin esperar el control del pensamiento. ¿Para qué lo esperaría? Si con ella pensamos impulsivos, llenos de una vida nueva, en cada frase que no conocíamos y oímos con cierta sorpresa de creadores, al sentir que se nos escapa de los labios, altiva, impertinente, curiosa, desafiadora, en ocasiones ingeniosa. De esa palabra que gustamos, paladeándola como si se tratara de un viejo vino francés, y de noche la recordamos complacidos, aun cuando nos ha traicionado.

"Los muertos no pueden hablar; es su único defecto, y por eso los embroman. Permanecen pacíficos en su morada llena de flores, alegre a pesar de todas las lágrimas que en ella se vierten. Efectivamente en ese último

recinto que tan tétrico se hace aparecer, puesto que allí pararemos todos, sentimos una especie de confianza...

"¿El horror de la tumba? ¡Bah!...Se pierde muy pronto, cuando se acostumbra uno a amar a los muertos. No es difícil, porque nunca molestan, no arman chismes, no predicán la igualdad, pero la practican; no entonan loas, no adulan, no mienten, no traicionan. Son buenos amigos!

"Al llegar de Barranquilla he ido al cementerio y he hallado una catástrofe. No puedo comprender a estas gentes que hablan de embellecimiento, de flores, de arrietes y progresos y no aman a los muertos. Sin embargo, no se trata de seres inofensivos, no. Son ellos la parte principal en nuestras vidas: aquella que representa la terrible herencia, a la cual debemos no sólo nuestro físico —muy poco de agradecer, en mi caso, francamente—, sino nuestros odios, amores, intenciones y pensamientos. Desde el fondo de sus tumbas han establecido la contraloría general de las almas, y silenciosamente saben hacerse respetar. Es mucho, porque el respeto no se desprende sino del uso abusivo y, a ser posible, violento, de la palabra.

"Pero como no la tienen, me he hallado con no sé que entidad de embellecimiento, que ha entablado una lucha contra los muertos. Poco heroica, la verdad: se trata de quitarles sus flores, con autorizaciones, según parece, dizque para decorar los parques de los vivos...

"Elevo esta queja directamente al ejecutivo municipal, en la seguridad de que inmediatamente se pondrá coto a este abuso. Y que no nos rindan después informes hablando de que en tal avenida o en tal parque

están bellísimas las verbenas. Sabemos ya de antemano cómo se han obtenido y lo que representan.

"¡En qué país morimos!...¡Esto se está volviendo inhabitable para los difuntos!"¹²

KI-KI, DOCTORA EN AMOR

Pero si en estas columnas Emilia dejaba que las "palabras fluyeran sin esperar el control del pensamiento", en su otra sección, diaria también, "Contesta KI-KI, Doctora en amor" hacía todo un despliegue de ingenio y de buen humor. Con este consultorio sentimental la escritora encontró su mayor acogida, hasta el punto de desplazar a Don Luis Cano con sus editoriales. Sus respuestas inesperadas y socarronas, si no hacían cambiar de actitud a más de uno, al menos conseguían hacer sonreír a los lectores y también bajarle los humos a uno que otro Don Juan. Veamos:

DOCTORA KI-KI

"Soy muy enamorado; he querido a cien mujeres y todas me han correspondido. Por eso no me he casado, porque conozco la femenina fragilidad. Mi madre, ya muy anciana, desea que yo funde un hogar, a lo cual me he negado siempre, comprendiendo que la felicidad no está dentro del matrimonio. ¿Tengo razón o no?"

RESPUESTA

"¿Pero puede haber un hombre que esté seguro de que cien lo han querido? ¿Habrá nacido el que pudiera afirmar con certeza absoluta que una sola lo amó de veras? En verdad que sus cien mujeres le han dejado una pobre experiencia; solamente las mujeres saben cuándo quieren y entonces a menudo son reservadas, caso único en sus vidas. Por lo demás, sus cien aventuras no demuestran ni

remotamente la femenina fragilidad de que usted habla, pero si son prueba patente de su masculina tontería. Un hombre que se deja conquistar cien veces bien puede figurar entre los Don Juanes, y usted sabe que, según es fama y fama historiada, no son esos tipos precisamente los que pueden vanagloriarse de haber herido real y fuertemente los corazones femeninos. Usted es una fortaleza que cae fácilmente y que con la misma facilidad cambia de mano. No debe casarse y en eso obra bien: especímenes como el suyo son muy necesarios para que las mujeres puedan quererlos llenas de pasión, en los numerosos casos en que necesitan ponerle "alguien" por delante a un hombre que sí valga la pena" ¹³.

Pero así como Emilia le bajaba las ínfulas de un "plumazo" a este corresponsal, y de paso dejaba maltrecho su recalcitrante machismo; igual arreciaba contra mujeres acostumbradas a quejarse demasiado.

"Estoy casada y aunque por ahora nos ha ido bien, tengo muchos temores por el porvenir. Mi edad es de veintinueve años; mi esposo tiene treinta y seis. Es el hombre rico, educado en Europa y su simpatía no es común, no es por decirle doctora. Todo el mundo lo quiere. Yo estoy muy enamorada de él, tenemos dos niños y vivimos bien. Él también me quiere, lo mismo que a los niños y tiene la ventaja de tener un carácter que nunca se altera. El único defecto que le he encontrado, debido, según creo, a su educación, es que es muy perezoso y no le gusta hacer nada.

Podría seguir su carrera, pues es abogado, pero ni siquiera la menciona; mucha gente no sabe que tiene su diploma. Se pasa la vida leyendo y como es muy aficionado a la pintura y a la

música, se encierra horas enteras a pintar, o a ejecutar obras de música que le gustan mucho, algunas compuestas por él. Otras veces dura días enteros sin hacer lo que se dice absolutamente nada. Se levanta tardísimo, eso es muy incómodo para el arreglo de la casa; pasea, va y vuelve, o no se mueve. En ocasiones juega con los niños. Cuando lo amonesto para que se ocupe en algo serio, contesta que por ahora todo está bien, y dice en tono de chiste que el que trabaja se arruina. Yo vivo, como es natural, muy preocupada por todo eso, porque pueden dañarlo los amigos; como la pereza es la madre de todos los vicios... Qué hago en este caso si no lo puedo convencer?

RESPUESTA

"La pereza es la madre de todos los vicios, pero el vicio es el padre de todas las artes", dice Paul Morand; por lo tanto su refrán, como usted ve, está inconcluso.

Pero lo más grave es que la frase que en tono de chiste dice su marido es una verdad enorme. Hay que trabajar, sin duda, para hacer dinero; pero una vez que se adquiere, la actividad es la forma única de eficacia reconocida para perderlo. Si los que ya son ricos no trabajaran no habría quiebras en el mundo. Déjelo con su filosofía y no le argumente.

Además, y aparte de la verdad que puedan encerrar esas máximas de su marido y de Paul Morand ligeramente inmorales, usted tiene un esposo ideal. De buen carácter, agradable, encantador, juega con los chicos, se encierra a leer, pintar o ejecutar obras de música que a nadie molestan. Y cuando no hace eso, como no hace absolutamente nada, es perfecto. Un marido como el suyo lo comprarían a precio de oro, de cien mujeres bien casadas, noventa y ocho. En cuanto al

detalle de que se levanta tarde no tiene la menor importancia; piense que otros no se acuestan temprano y eso es muchísimo peor". ¹⁴

Si observamos estas respuestas bastante sabias y reveladoras, nos damos cuenta que esta mujer, que abrió este consultorio a manera de juego, realmente se convirtió en una gran consejera y, por qué no, en una sicóloga que no tendría mucho que envidiarle a los sicoanalistas de ahora, con la diferencia de que no era seria ni aburrida. Aquí va por ejemplo, un análisis sobre los celos.

"Mi mujer se ha propuesto envenenarme la vida y hacérmela imposible. No lo creará usted, pero así es. La quiero muchísimo, le doy cuanto quiere, la llevo a todas partes, exigiéndole únicamente que no hable con los hombres, porque por mi natural soy muy celoso, como buen amante. Yo quiero de veras y me gusta ser correspondido de la misma forma. No he podido lograr de ella tan poca cosa y aunque dice quererme yo tengo el derecho a dudarle, por no acceder a lo que le pido. Me basta con decirle que cuando vamos a cine, se sonrío con todos los hombres que me saludan a mí, aun cuando ella no los conozca. No se da cuenta de la magnitud tan extraordinaria del amor que le profeso. ¿Cómo proceder para convencerla de que debe amarme como yo la amo?

RESPUESTA

"El hombre celoso no es el enamorado que ama, sino el propietario que se enfada"-Stall

Es que usted no la ama; tiene un amor propio en dosis iguales desmedido y temeroso. Cree que todo se lo merece pero hay en su fe una brecha tan grande que no puede dejar de estar convencido de que a lo mejor no se merece nada. Y entonces está celoso.



¿Cómo pretende que su esposa sea tan mal educada que no responda con atenta sonrisa a los saludos de los amigos de su marido? ¿Y puede ocurrírsele que viva sin hablarle a otro hombre que a usted? Si tal cosa desea llévela a vivir a una ermita, en medio de una montaña. (No sé si será fácil encontrar ermitas en las montañas). Pero, en fin; allá verá que o llegan devotos en busca de los santos que se aislaron del mundo, o su mujer se va en busca de los devotos.

Créame; los celos hay que repartirlos muy discreta y sabiamente pero que no terminen con el amor; solamente dosis parcas sirven para sostenerlo. Su sistema llevará a su mujer, la cual probablemente lo quiere mucho, a pensar en travesuras que sin esos celos jamás habría imaginado. ¿Que ese es su

natural? No hay natural que valga; hágase un carácter no natural y más humano. Si no lo procura, será desgraciado y probablemente antes de que pase mucho tiempo. No olvide, entre paréntesis sea dicho, que los celosos han sido condenado por los dioses a ser los únicos que nunca ven".¹⁵

Emilia no era solamente "sicóloga", sino también una filósofa de la vida (aparte de que siempre echa mano de algún filósofo de campanillas). Basta con leer esta respuesta a una víctima de un desengaño amoroso, para darnos cuenta que era una observadora aguda y además, aunque sorprenda, una mujer reflexiva, que percibía con claridad esos constantes vaivenes del ser humano.

"Ante todo, los seres que tratamos no son nunca iguales ni

son diferentes; son humanos sencillamente. Créame que tengo por su consulta un especial interés, porque me parece muy sincera. Pero la verdad es que el noventa por ciento de los engaños que sufrimos, el otro, ese otro que nos ha herido tan profundamente, tiene un papel bien superficial. En cuestiones sentimentales nos engañamos siempre a nosotros mismos. El hecho solo de enamorarse implica revestir al adversario, digamos, porque lo es, de cualidades, nobleza, inteligencia, comprensión, simpatía y gracia, que no tiene. Hacemos el ser que queremos amar, y luego nos desilusiona, naturalmente, porque no era así. Esto no implica que no valga la pena consagrarles nuestro afecto y estimación: porque en el fondo, nosotros tampoco valemos

mucho más. La humanidad entera, hombres y mujeres, no es mala ni buena, noble ni vil, valiente ni cobarde. Casi todas estas grandes o pequeñas prendas dependen de nuestro estado del alma. Por lo común son buenas, tolerantes y comprensivas las gentes felices. Y no los son los desgraciados. El que tiene la conciencia y la certeza de haber sido canalla, por lo común reacciona con un remordimiento que es ataque, rencor, anarquía injusta, afirmaciones tánto más vehementes cuanto las sabe más falsas. ¿Entonces? Pues es preciso vivir un poco dentro de nosotros mismos; dejar a un lado, con una pequeña filosofía, las desilusiones, y fundar nuestras nuevas ilusiones, fuertes, frescas, aunque desprovistas de una fe absoluta en otros. ¿Nos desilusionarán también? Probablemente, y hay que volver a empezar. La vida es eso: un eterno recomenzar de afectos que creemos eternos y duran tres meses.

¿Por qué cambian las gentes? Porque todos somos variables, y los poquísimos que no lo son, es porque se han estancado por incapacidad de vivir intensamente o porque tienen personalidades tan indecisas...

Y contando todo esto hay que formar un optimismo propio, duradero, puesto que se debe fundar en nosotros mismos, para que nos salve. Eso le toca hacer a usted".¹⁶

SU RECORRIDO ZIGZAGEANTE

Después de colaborar durante nueve años en el diario *El Espectador*, Emilia se acordó de que era conservadora y empezó a ser implacable con el gobierno liberal (segundo período de López Pumarejo), lo cual obligó a Don Luis Cano a sugerirle que mejor buscara ubicación en El

Siglo, donde la acogieron de mil amores.

El 20 de junio de 1944 comenzó con este periódico conservador y desde el principio advirtió a sus seguidores:

"Es bueno advertir a los lectores y amigos de *El Siglo*, de que no se hagan la ilusión, ni remota, de que voy a llevar muy bien con el aire de la redacción. ¡Es imposible porque somos de los mismos!

Con los extraños resulta delicioso toda charla, la más banal de las confidencias, la más tonta de las conversaciones. Pero con los mismos ocurre algo semejante a lo que hemos pasado todos —idesgraciados que somos!— en las fiestas de familia: todo el mundo se parece. Piensan de una manera semejante, contradicen en el mismo tono y casi con las mismas palabras: tienen nuestras cualidades —las mías no son muchas, por fortuna— pero tienen también nuestros defectos que hemos cultivado con todo cuidado a ver qué dan de suyo y qué se les puede aumentar".¹⁷

Pero aunque ella decía que no cambiaría mucho, su sección de *Ki-Ki* en *El Siglo* sí se volvió más mesurada y con respuestas más comunes, y adaptadas al orden moral imperante. Esto lo ilustra la siguiente correspondencia:

"Mi novia tiene diez y ocho años, yo cumpliré dentro de poco veintiséis. Tenemos relaciones desde hace tres y aunque nos queremos mucho no pasa semana y casi un día sin que tengamos algún disgusto. Casi todo porque ella es deportista y nunca puede estar conmigo, salir a un paseo y recibirme porque tiene citas en su Club, o necesita descansar para jugar al día siguiente y cosas por el estilo. Yo siempre estoy relegado a un segundo plano, pero cada vez que he querido poner fin a nuestras relaciones

objeta que me quiere muchísimo. No puedo estar seguro de eso porque si así fuera me preferiría: ¿verdad, doctora? Pido su ilustrada opinión para saber si he de terminar las relaciones o exigirle que deje definitivamente sus deportes que ningún bien han de traernos.

RESPUESTA

Me parece mejor que termine las relaciones: si ella lo quisiera tanto como dice, habría dejado el deporte a la primera insinuación. Es imposible casarse con una chica que nunca podrá atenderlo, preocuparse de la casa, de los niños que han de venir etc., porque todo eso dañará su entrenamiento. Si ella realmente le tiene tanto cariño en cuanto vea que usted verdaderamente se retira pensará mejor las cosas, y siempre será tiempo de volver. Y si no, para esposa y para novia inclusive, le conviene más una muchacha reposada que pueda quererlo con un poco de tranquilidad".¹⁸

Y así, declarada conservadora y amiga de Laureano Gómez, Emilia tuvo que viajar exiliada a Ecuador, después de haber sido sorprendida, —durante el frustrado golpe del 10 de julio de 1944, en el que fue apresado en Pasto López Pumarejo—, repartiendo propaganda subversiva en las calles de Bogotá. Después regresó y asumió su propia defensa en el Consejo Verbal de Guerra, donde el coronel que actuaba como fiscal, ya un poco fuera de casillas debido a las impertinencias de la enjuiciada no tuvo empacho en preguntarle: "Dígame, señorita Emilia, ¿a usted le gustan las mujeres?". La rápida respuesta acabó con la sesión, con el coronel y, de paso, con el juicio: "A mí no, coronel. ¿Y a usted?".

Luego de su incursión como conspiradora viajó a Europa y

estando en Madrid, vivió en la sede de la Legación, donde ocurrió un extraño crimen que ella aprovechó para escribir "Un muerto en la legación", novela policíaca que en la capital de España agotó su edición. Y después de pasar por París, regresó dos años más tarde a Bogotá y se reincorporó a sus funciones en El Siglo.

"Era el comienzo de los cincuenta, en plena cruzada de violencia conservadora contra los liberales. Al enterarse Emilia de que habían sido asesinados por la policía unos niños en el Tolima, escribió una columna condenando el crimen, pero no fue publicada, pues según le explicaron, los policías eran del gobierno y los niños eran liberales. La respuesta la sublevó y bastó para que rompiera con ese periódico, con su amigo Laureano y con el partido conservador. Se fue a El Tiempo ese mismo día y escribió una nota donde, sin poder denunciar lo ocurrido (pues la censura no lo permitió), renegó públicamente de ser conservadora ("Siento vergüenza de haber sido", dijo) y para disgusto de su familia se proclamó liberal de pies a cabeza, causa que desde entonces y hasta su muerte abrazó con la típica pasión del convertido. "Fue un alivio —me contaría más tarde— porque yo sólo era goda por herencia, pero liberal de pensamiento y sensibilidad"¹⁹.

Pero si a algo le fue fiel Emilia fue a su propio temperamento, era como una fuerza que se le imponía y que la llevaba inclusive a burlarse de sus admiradores. Su reacción ante un acróstico que le llegó a El Espectador, fue la siguiente: lo publicó y lo desbarató.

EMILIA PARDO UMAÑA

E res la coraza del intelecto
femenino

M ujeres como tú necesitamos
los hombres

I maginación femenina
ayudándonos a trepar las
cumbres,

L abrando en camaradería el
escarpado camino;

I deando amorosamente la
lucha del destino,

A partando los prejuicios de
cerebros pobres

P asaron ya los días de
ensimismamiento...

A parecen nuevos horizontes
con majestuosidad

R ebozando luz, belleza, amor,
felicidad!

D estruyendo lo torpe y
tonificando el rejuvenecimiento;

O brando sin pensar solamente
en la vanidad!...

U nidos intelectualmente
hombres y mujeres

M archaremos sin tropiezos
hacia la redención

A brazando a todo el mundo
en su emancipación;

Ñ apa de la inteligencia son
estos albores:

A diós ignorancia...paso a los
vencedores!...

M. L.

G.-Chapinero, agosto/37

¡No lloré lectores! Pero tengo un pesar...Si es que este acróstico glorioso parece hecho por el señor Núñez, verdaderamente. Y no estoy dispuesta en absoluto a marchar a la redención, ni a tonificar el rejuvenecimiento, ni a ser coraza al intelecto femenino. En una palabra, ¡que no estoy dispuesta a cumplir mi misión sobre la tierra! ¿Cómo les ha parecido a ustedes esa ñapa, para colocar la ñ de mi segundo apellido?"²⁰

Sobra decir que Emilia no se casó y no sé si alguien se atrevería a lanzarle un piropo sin pensarlo dos veces, pues al parecer esta mujer se le medía a todo, menos al matrimonio. Según cuenta su amigo José Font Castro, también se le apuntó a la ganadería.

"A raíz de la clausura de El Tiempo y El Espectador por el

dictador Rojas Pinilla, Emilia asumió el desembolate más exótico de su vida: administrar una finca ganadera que tenía un amigo suyo en los Llanos Orientales. ("De vacas no sé un pepino, ala, pero ya aprenderé"). Y fue de allí de donde meses después la rescatamos...y la trajimos a trabajar a El Mercurio, el diario meridiano que editábamos por esos días de forzoso silencio periodístico liberal.

"Sus páginas recogieron muchas de las mejores páginas de Emilia, como fueron la segunda época de la doctora `Ki-Ki', el "Diario de una criada", columna también diaria que firmaba como Ruperta Canastos; y un gran reportaje semanal.

"El más célebre de todos fue uno sobre la vida de las prostitutas, trabajo este que realizó a instancias de un divertido equívoco. Una noche salió muy tarde del periódico, después de la tertulia habitual, con más de una cerveza entre pecho y espalda, y quiso la suerte (en este caso la buena suerte) que cayera en una redada policial contra las llamadas "nocheras" que merodeaban por las calles del centro.

"La confundieron con una más (¡a ella, que físicamente era una visión criolla de Edith Piaff!) Y en vez de identificarse o pedir auxilio, se quedó dos días detenida con sus transitorias colegas de infortunio, indagando sobre sus vidas y recabando todos los datos necesarios para armar un reportaje.

"Emilia Pardo Umaña fue una periodista hasta la médula. Lo fue hasta la víspera de su muerte, ocurrida mientras dormía, un día de 1963. No alcanzó a cumplir la cita que teníamos concertada para un mes después en Caracas, donde Elvira Mendoza y yo le habíamos inventado varios desembolates"²¹.

Pero inclusive Emilia ya se había adelantado a su propia muerte, pues cuando era columnista de *El Espectador* ya había publicado su "Auto+Necrología", donde exponía claramente cómo quería que se la recordara. En un aparte decía:

"...Fue Wilde quien dijo: Las mujeres nos aman por nuestros defectos". Es cierto; tiene que tener muchos defectos el ser que sea digno de una pasión. Los hombres lo han comprendido, y por eso al ver muerta la mano que sostuvo una pluma hiriente, mordaz, valiente y dura; o la boca que increpó violenta y se hizo irónica para modular la frase oportuna; o los ojos profundos que se adentraban en el alma para acobardar al adversario, malévolos y crueles; o la mente soberbia, que supo dominar, vencer, engañar, al verlo frío, indefenso, con la vida rota, se venga con un estilo absolutamente mefistofélico, asegurando que ese señor "era bueno". Nulo, mejor dicho. Y eso está mal. Hay que ver el trabajo que uno se toma para formar, endurecer y conservar de por vida unos pocos defectos respetables, para que se los quiten bondadosamente en la hora de la

muerte. Es por esto que he resuelto hacer mi necrología...

"Jorge Padilla me definió un día: "No cabe mayor intolerancia, agresividad, mordacidad, ni capacidad de ruido, en menor volumen". Creo que está bien. Además, soy distraída, malediciente, brava..."²².

Así que de esta periodista podrá decirse cualquier cosa, menos que "era buena", pues su recia personalidad y su abundante trabajo periodístico no pueden anularse con esta frase tan descalificadora, como lo explicó ella misma.

Me referiré entonces a Emilia, con la misma exclamación que utilizara ella un día al tratar de definir a su madre:

"Si esta mujer no es un genio, algo raro pasa bajo el sol"

NOTAS

(1) *La letra con sangre entra*. Nota y compilación: "Camándula". Colección literaria, vol.3. Fundación Simon y Lola Guberek. Bogotá, 1984. p 6

(2) Emilia Pardo Umaña, periodista precursora "Desafío al machismo", *Lecturas Dominicales El Tiempo*, junio 1-1997, pp 6-7

(3) Idem.

(4) *La letra con sangre entra*. p 11

(5) Idem, p 12, 13

(6) Idem, p 17

(7) Idem, p 34

(8) Vallejo Mejía, Maryluz. *La Crónica en Colombia: Medio Siglo de Oro*. Biblioteca familiar de la Presidencia de la República. Bogotá, 1997.

(9) En "Desafío al machismo", *Lecturas Dominicales El Tiempo*, junio 1-1997, pp. 6-7

(10) Columna "Del mar, sus pompas y sus olas". *El Espectador*, febrero 5-1938, p. 8

(11) Columna "Las victorias morales". *El Espectador*, febrero 11-1938, p. 8

(12) Columna "Defensa de los silenciosos". *El Espectador*, febrero 12-1938, p. 8

(13) Consultorio Sentimental - doctora Ki-Ki. *El Espectador*, febrero 9-1938, p. 7

(14) Consultorio Sentimental - doctora Ki-Ki. *El Espectador*, enero 5-1938, p. 7

(15) Idem. Febrero 4-1938, p. 7

(16) Idem. Marzo 15-1938, p. 7

(17) Columna "Desde el campo azul". *El Siglo*, junio 20-1944. p. 8

(18) Consultorio Sentimental - doctora Ki-Ki. *El Siglo*, agosto 16-1944, p. 12

(19) En "Desafío al machismo", *Lecturas Dominicales El Tiempo*, junio 1-1997, pp. 6-7

(20) *La letra con sangre entra*. p. 121

(21) En "Desafío al machismo", *Lecturas Dominicales El Tiempo*, junio 1-1997, pp. 6-7